

tendian casi paralelas al puerto y no á mucha distancia.

—Este el mejor sitio que podemos elegir para establecer la colonia,—dijo Colon; —establezcamos aquí nuestros hogares; cuanto más trabajemos, mayores y más pronto serán los resultados que obtengamos.

Los tripulantes recobraron sus abatidas fuerzas.

Todos sentian vivos deseos de trabajar y contribuir á la fundacion de la colonia, y enmedio de gran animacion desembarcaron las tropas y la gente que debia quedar en tierra, con los trabajadores y artifices que habian de construir las casas.

Asimismo fueron trasportados á tierra los víveres, las municiones, los cañones, los animales y las aves, y una inmensa alegría se apoderó de todos al librarse de la prision en que habian vivido en los buques, al cambiar aquella estrecha morada por las verdes y risueñas praderas que se extendian á su vista, por el aire purísimo y embalsamado que respiraban, y por todo el aspecto de aquel país, sobre el que parecia haber caido la bendicion de Dios.

Formaron una especie de campamento en la llanura, al borde de un lago de cristalinas aguas; y poseidos todos de una fiebre incésante, comenzaron á echar los cimientos en el Nuevo-Mundo de la primer ciudad cristiana.

Capítulo LII.

Nuevas desdichas.

Colon, que no olvidaba los inmensos favores que debia á la reina Isabel, y habia tenido ocasion más que ninguno de apreciar lo que aquella mujer sublime valia, en honor suyo dió el nombre de Isabel á la colonia.

Con auxilio de su estado mayor formó un plano de las calles y plazas que deberia tener la ciudad; y una vez tiradas la líneas y reunidos los elementos necesarios para la fábrica, comenzaron á levantarse los edificios, entre los cuales se contaba un templo, un almacén y el palacio del almirante.

Estos tres edificios fueron hechos de piedra.

Las casas se fabricaron con madera, mezcla, cañas y otros materiales parecidos.

Era necesario cuanto antes librar de la intemperie

á los españoles, y todos trabajaban con el mayor ardor para ver cuanto antes concluida la colonia.

Preocupados todos con aquellas tareas, gozosos al contemplar los paisajes que les rodeaban y con esperanzas de conseguir el oro, que bien puede decirse que era su sueño dorado, dieron tregua á los instintos belicosos entregándose á las más risueñas ilusiones.

Pero, ¡ay! que el mal se cubre con la apariencia del bien.

Aquella animación, aquella laboriosidad, aquel afán que todos tenían por concluir cuanto antes la ciudad, por establecerse en ella á la europea, se paralizó pronto.

La mayor parte de los navegantes, y en particular aquellos que estaban poco acostumbrados al mar, habían sufrido mucho en los viajes durante tantos días de navegación y al mismo tiempo los alimentos que habían tomado, las privaciones continuas que habían sufrido, contribuyeron en gran parte á alterar su salud.

Antes de que pudieran poner los techos á las casas tuvieron que pasar muchas noches al raso y las emanaciones de un clima húmedo, los miasmas que desprendían las aguas estancadas, y el aire detenido en aquellas selvas espesas, fueron otras tantas causas de enfermedades que debilitaron á muchos y obligaron á no pocos á recibir los auxilios de la medicina.

Abatido el cuerpo, natural era que el ánimo sufriese la misma suerte.

Los que en los primeros momentos, por la novedad y belleza del espectáculo que se ofrecía á sus ojos, concibieron risueñas esperanzas, al verse valetudinarios, enfermos, al notar que les faltaban fuerzas para teminar su obra, al pensar en la muerte tan lejos de su patria donde habían dejado las personas más queridas de su corazón, contribuyeron á desvanecer sus ilusiones y aunque les parecía dorada su prision al fin y al cabo eran prisioneros.

Aunque los indios les llevaban de cuando en cuando oro, era en tan pequeñas cantidades que no valía la pena el viaje que habían hecho sino lo recogían en mayor abundancia.

Todas estas causas aumentaron y agravaron las enfermedades, y la Isabela no tardó en ser más que una colonia un lazareto.

El mismo Colón, aquel hombre enérgico, vigoroso y de esforzado ánimo, estaba en el mayor abatimiento.

Una nación entera le había admirado, le había colmado de ovaciones, los reyes le habían distinguido con los honores más envidiables, el resultado de su primera expedición había hecho concebir esperanzas que el almirante veía entonces cuán difíciles eran de realizar.

Por otra parte, si aquellos hombres que le acompañaban sucumbían víctimas de las enfermedades, que el cambio de clima y la calidad de los alimentos les producía, él era responsable á los ojos de Dios y del mundo de su muerte.

La idea de tener que volver con un desengaño, de ser objeto del desprecio de todos, le atormentaba; la idea de permanecer en aquella isla sin recursos, lleno de enfermedades, espuesto á perecer con todos sus compañeros, era un continuo martirio para él.

En aquella alternativa ¿qué resolución podía tomar?

También cayó enfermo, pero la energía de su espíritu le hizo dominar su enfermedad y á pesar de su estado no dejó un solo día de dirigir la edificación de la ciudad y de ocuparse en los negocios generales de la empresa que había acometido.

Descargados los buques, era de todo punto necesario enviarlos á España.

¿Pero cómo los enviaba?

Los reyes aguardaban por momentos la llegada de la flota cargada de oro, de piedras preciosas y ricas especias.

La imaginación pintaba á todos los españoles el regreso de las carabelas como la realización del cuerno de la abundancia.

Pero ¡ay! ¿qué pensarían de Colon al ver llegar sus naos sin cargamento alguno, con unos cuantos enfermos, con la noticia de que en vez de un tesoro habían hallado los españoles en el Nuevo-Mundo una tumba?

Los parabienes, los aplausos de que había sido objeto, se tornarían en maldiciones.

Las esposas, los padres y los hijos de los navegantes le execraban por haberlos arrastrado á aquella empresa de luto y desolación.

Su nombre, que había llegado á grabarse en el libro de la historia como un nombre inmortal, sería vilipendiado y la maldición alcanzaria á sus hijos, que serían después de arrojados de palacio, escarnecidos por los nobles, perseguidos á muerte por las masas y bajo el peso de aquella cruel execración llegarían hasta á avergonzarse de que los hubiera dado el ser.

¡Oh! esto era horrible.

—Dios mío,—se decía Colon;—¿por qué me das este cáliz de amargura? ¿Qué he hecho yo para que mis esperanzas legítimas se tornen en crueles engaños.

Todos sus deseos, todas sus combinaciones habían fracasado.

Había pedido gran número de buques porque estaba seguro de que los españoles que había dejado en su fortaleza de la Navidad habrían explorado el terreno, tendrían conocimiento de él y habrían atesorado en el fuerte crecidas cantidades de oro y de otros productos del país, que los buques al regresar á España podían llevar como un testimonio de las nuevas conquistas que acababa de hacer para los reyes de Castilla.

Perdida esta esperanza le consoló la idea de que aún poseía la amistad de Guacanajari, y no dudó de que, con su auxilio, podría penetrar fácilmente en el territorio de Caonabo, apoderarse de las minas y en cambio de los objetos que para regalar á los indios llevaba, cargar sus buques con el oro que los sol-

dados y los marineros extrajeran de las minas.

Pero Caonabo á su vez, á juzgar por las apariencias, se apodera del ánimo de Guacanajari, le obliga á alejarse de su territorio, le separa de Colon, se coaliga contra él, y solo la guerra, la dura é inexorable guerra, puede facilitarle los medios de que las embarcaciones vuelvan cargadas á las orillas españolas.

El mejor medio de realizar este propósito era establecer una colonia, buscar un punto de refugio para que los guerreros tuviesen mayores probabilidades de vencer.

El aliento renace en sus compañeros.

Todos trabajan con afan para establecer la colonia; se desembarcan los viveres, los animales, todo cuanto hay á bordo.

Y las enfermedades debilitaban á aquellos vigorosos atletas, y la muerte proyectaba su fatídica sombra sobre aquella naciente poblacion.

¿Qué hacer en tan doloroso trance?

Los buques no podian permanecer allí, tenian que volver.

Solo estaba en su camarote entregado á estos tristes pensamientos, y permanecia ya en tan dolorosa meditacion más de dos horas sin que observase que cerca de él, contemplándole con interés y lástima, estaba uno de sus pajes.

Mucho sufría; no solo por sus penas, sino por las del almirante, á quien profesaba la mayor veneracion.

—Señor,—dijo de pronto acercándose á él,—veo que

sufrís mucho, y quisiera á toda costa calmar vuestro quebranto.

—Cumples como fiel servidor, dijo Colon, pero no puedes hacer nada por mí.

—¿Quién sabe? Yo os debo inmensa gratitud, tengo fé y la fé horada las montañas.

Dad por lo tanto tregua á vuestra pena; oid una revelacion que solo á vos, porque deseo vuestro bien, quiero hacer.

Colon no habia fijado hasta entonces su penetrante mirada en el escudero y le miró.

¿No me reconocéis, señor?

¿Qué me quereis decir?

—¿Os acordais de una noche en que llamó á las puertas del convento de la Rábida un jóven, y al estar en vuestra presencia os refirió una historia dolorosa y os pidió vuestro amparo?

—¿Cómo sabes tú eso?

—Aquel jóven era una mujer; una mujer que habia sufrido mucho y queria acompañaros en aquella expedicion, porque sabia que con vos iba el hombre á quien debia todas sus desgracias.

—Sí, Isabel Monteagudo, no lo he olvidado.

—Vos fuisteis bueno, os apiadásteis de su desdicha, intercedísteis con el hombre infame que la habia engañado, y al dia siguiente, en el convento de la Rábida, un venerable anciano santificó su union.

Alonso Velez os acompañó en la primera expedicion; ofreció á la que era su esposa volver á su lado, no separarse de ella, pagarla con creces los dis-

gustos que le habia ocasionado, y sin embargo no volvió.

Destinado por vos para acompañaros al regresar á España, desapareció en los últimos momentos. Nadie tuvo noticia de él.

La esposa le aguardó en vano. Un secreto presentimiento le decia que Alonso Velez no la amaba, que la habia engañado una vez más, que habia mentado al jurarla ante el ara fidelidad y amor.

La esposa herida volvió de nuevo á tomar el disfraz que le habia servido para presentarse á vos en el convento de la Rábida y aquí la teneis á vuestros piés, añadió Isabel cayendo de hinojos ante el almirante.

—¡Vos, Isabel, aquí! ¡Oh! y lo ignoraba todo el mundo.

—Todo el mundo lo ignora, todo el mundo lo ignorará, pero yo no puedo ocultaros á vos los sentimientos que me han traído aquí. Una mujer engañada es una hiena, una hiena que no perdona á su verdugo. No es el amor, es el odio, un odio feroz el que aquí me ha traído.

—Pero, desventurada, no ignorais que Alonso Velez es uno de los desgraciados que han perecido á manos de los indios.

—¡Oh! mi corazón me dice que no. Cuando nos mandasteis á visitar la fortaleza, yo encontré entre las manos crispadas del cadáver de uno de los españoles un papel que he conservado con el mayor secreto, y que es la mitad del que uno de los marineros os entregó.

—¿La mitad?

—Sí; y ese papel revela una infame traición de Alonso Velez.

—¿Y vos le acusais?

—Yo, sí; porque ya no tengo en mi alma más que odio para él. Yo le conozco á fondo; la desgracia me ha enseñado á comprender los infames instintos de su corazón.

—No lo dudeis,—añadió el falso paje,—por huir de mí, por no volver á España á cumplir la promesa que habia hecho á Dios ante el altar, huyó de vos en los momentos de la partida; vendió á sus compañeros, y acaso, acaso él es el que ha concitado los odios de todos contra nosotros.

—No puede ser, la pasión os ciega.

—Perdonadme, señor, que quiera penetrar en vuestro pensamiento. Sufrís porque las enfermedades nos diezman, porque teneis que volver á España los navíos y nada podeis enviar en ellos.

¿Por qué no haceis que alguno de vuestros capitanes con los más audaces marineros, con los más valientes soldados, lleguen hasta el territorio de los indios, hasta sus mismas madrigueras, al ménos para conocer cuáles son sus intenciones, saber si mis presentimientos son ciertos, si Alonso Velez es nuestro mayor enemigo?

Yo iré con el que designeis, yo le serviré de escudero, yo pelearé á su lado, yo buscaré á Alonso Velez hasta en las entrañas de la tierra, y estad seguro de que le encontraré.

—Nó, nó, vos no os apartareis de mi lado más que para volver á España en los navios que pronto han de partir.

Isabel insistió, pero las órdenes de Colon fueron terminantes.

Sin embargo, la idea de enviar un destacamento antes que las embarcaciones se diesen á la vela, idea que ya habia cruzado por su imaginacion, se convirtió en realidad despues de la conversacion que habia tenido con Isabel.

Los indios que tenia á su lado le habian dicho que muy cerca de allí estaban las montañas del Cibao.

El mismo nombre del cacique Caonabo, que significaba *señor de la casa dorada*, parecia indicar la riqueza de sus dominios.

Tres ó cuatro dias de viaje bastaban para descubrir las minas.

Colon resolvió enviar una expedicion á explorar aquel departamento antes de que saliesen los buques para poder al ménos enviar la noticia del descubrimiento y posicion de las auríferas montañas del Cibao.

Colon llamó á su lado á Alonso de Ojeda.

Capitulo LIII.

Expedicion de Ojeda.

—Os he llamado,—le dijo,—para comunicaros un proyecto y para confiaros una mision que solo vos podeis desempeñar.

—Pláceme en extremo,—contestó Ojeda,—que os acordeis de mí. Esta vida me cansa; yo he nacido para vivir en el combate siempre; los azares de la guerra me deleitan; la paz me hastia; el peligro me embriaga.

—No ignorareis,—añadió Colon,—que muy cerca de aquí se hallan los dominios del cacique más formidable de Haiti, Caonabo, rey de las minas de oro, nuestro más temible enemigo, nuestro más encarnizado adversario.

—¿Y quereis castigarle?

—Nó; quisiera su amistad, porque, creedme